

El trabajo por la paz y la reconciliación en mi vida

Ángelo Cupini

Soy misionero claretiano, sacerdote desde hace 57 años; camino con la comunidad via gaggio de Lecco desde hace 48 años.

Esta es la experiencia que he desarrollado junto a muchos compañeros: implicarme en historias de jóvenes y adultos en el ámbito de la marginalidad.

Recojo algunos fragmentos sobre nuestro trabajo artesanal por la paz y la reconciliación.

Parto de dos coordenadas: el lugar y las personas encontradas.

Empiezo con las historias de jóvenes objetores de conciencia al servicio militar que nos implicaron en su elección y con los que hicimos un camino serio, responsable y fructífero de atención a los más frágiles y de siembra de semillas de autodeterminación en el territorio.

Fue una manera diferente y decisiva de rechazar las distintas lógicas del sistema y de promover opciones responsables. Fue una forma de vivir la ciudadanía: escuchar y asumir una parte para que, lenta y decididamente, convirtiera el todo, o al menos la mayor parte del todo.

La palabra que pusimos en marcha fue Constituir la Paz. Constituir es un acto fundador, personal y colectivo. Nace de un sueño que va más allá de lo personal, no es sólo defensivo sino desarmante y liberador.

La comunidad de via gaggio toma conciencia de esta estación privilegiada que le toca vivir y elige vivirla con toda su energía.

El método es: paso a paso, diariamente, con las personas implicadas en las elecciones vitales.

Es una época, estamos en los años 80, de ebullición de propuestas, experiencias, iniciativas en toda Italia.

Se hacen objeciones y se generan proyectos alternativos: en la vida, en la política, en la economía, en el pensamiento, en los proyectos, y lo resumimos todo, en método y modo de vivir, con la palabra: compartir.

Este proyecto de paz encuentra fuerza y visibilidad en la propuesta: Imagina tu vida compartida.

La sugerencia de imaginar surge del clima de la realidad juvenil de la época. No se somete a múltiples reproducciones, se estimula la constitución de redes entre ciudadanos/grupos organizados/instituciones.

En la Comunidad Via Gaggio, tres palabras canalizan la imaginación: Paz, Ternura, Participación.

Son lemas, proyectos, experimentaciones propuestas a los jóvenes para su vida, a las instituciones religiosas a través de talleres de investigación, a los territorios a través de proyectos juveniles.

La Comunidad de Via Gaggio, desde hace cinco años. experimenta acogiendo y habitando un espacio llamado Cialvrina, a 1700 metros sobre el nivel del mar, frente a Monterosa en la localidad de Gressoney st. Jean.

Digo el método revolucionario: jóvenes que han vivido relaciones violentas consigo mismos (droga y cárcel) son llamados a ser atentos y acogedores con adolescentes y jóvenes "normales".

¿Qué se pretende conseguir? Aprender a cuidar del otro.

Las tres palabras (paz, ternura, participación) son la columna vertebral y sobre ellas se genera una conferencia a la que asisten varios centenares de jóvenes de muchas partes de Italia.

También aquí se invierte el método: los jóvenes toman la palabra, los expertos escuchan y solicitan ideas. Dos monjas contemplativas vienen a vivir con nosotros.

¿Qué significa de nuevo este camino?

Educarnos en la escucha del otro, base de un desarrollo de la paz.

Las monjas nos acompañarán durante unos años para curar las heridas que toda violencia lleva dentro.

En los últimos años, hemos caminado con miles de otros ciudadanos en marchas por la paz; en nuestro territorio, en Perugia/Assisi; en Génova, en Roma.

Ir a las manifestaciones es buscar la verdad, lo contrario de la mentira; no utilizar un pesebre para leer el mundo y no aceptar mediaciones informativas al servicio de intereses; es comprometerse a promover la justicia y a construir una civilización de convivencia. La vida del otro es más importante que la mía, hay que proteger las cosas del otro, y yo me pongo de centinela, como repiten los hombres de las Iglesias; me pongo a disposición para redefinir los derechos fundamentales de la persona, reconociendo una dignidad inviolable.

En estos últimos años, hemos construido y vivimos en una casa que hemos llamado "sobre el pozo"; un espacio en el que no nos atrincheramos del mundo exterior, abierto a la oración, a la acogida y a la compañía de los jóvenes y de las personas que sienten la necesidad. Un lugar, no un monumento, que sirva para iniciar procesos y no para poseer espacios, como nos enseñó el Papa Francisco.

Haber ampliado simbólicamente los espacios de la casa y la mezquita para comer juntos en la calle del barrio es una semilla que pone en marcha la nostalgia de la mesa común y la belleza de estar atentos a todos.

Cada habitante de la casa, aunque sólo sea por unas horas, amplía el espacio del mundo y nos obliga a estar abiertos a todos. Una amplia hospitalidad que caracteriza nuestro modo de pensar y nuestras opciones de vida. El hecho de que Jesús viviera en Nazaret no es casual, porque de este lugar asumió el estilo y la manera de vivir, pero no se dejó aprisionar por las lógicas culturales del país, las tradujo y amplió en una pasión por cada hombre.

¿Cómo hacerlo? Los indios, nos decía Gianni Tognoni, secretario general del Tribunal Permanente de los Pueblos, hablan del agua cuando llueve, desaparece un poco, vuelve a brotar en riachuelos, hasta convertirse en río.

Los lugares tienen su propia función y determinan los caminos posibles.

No perder la memoria

Me viene a la memoria lo que dice el teólogo Bruno Forte: "la memoria sin proyecto es sólo lamento". Sin conciencia presente, memoria y proyecto serían evasión".

Espero que este camino en la memoria nos permita ser creativos responsables para hoy.

Angelo Cupini cmf